

VALENTÍN, EL ÚLTIMO CAZADOR CON CERBATANA

TESIS DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE COMUNICADOR SOCIAL Y  
PERIODISTA

POR  
JULIAN EDUARDO SANTOS CARRILLO

DIRECTOR  
OSCAR MANUEL ESCAMILLA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE  
BOGOTÁ, 2017

### **Artículo 23**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## TABLA DE CONTENIDO

<b>Mi nombre es César Valentín Coello</b>	<b>1</b>
<b>El milenarismo arte de cazar con cerbatana</b>	<b>5</b>
<b>Ese continente del sur, el Amazonas</b>	<b>7</b>
<b>Aplaudir las puestas del sol: la comunidad de San Francisco</b>	<b>9</b>
<b>IE</b>	<b>10</b>
<b>El hombre fuera del tiempo</b>	<b>13</b>
<b>El imperio de los excesos</b>	<b>16</b>
<b>La bella y trágica historia del último cazador con cerbatana</b>	<b>18</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>19</b>

## **Valentín, el último cazador con cerbatana**

Por Julián Eduardo Santos Carrillo

Estimado lector:

En las siguientes líneas usted acudirá a la exposición de la vida de César Valentín Coello, el último hombre de la comunidad ticuna San Francisco en el Amazonas, que usa veneno y cerbatana para conseguir “carne de animales del monte”. La historia está compuesta por una serie de micro-relatos, cada uno puede leerse de manera individual. Pero para comprender el carácter de este hombre, su relación con la naturaleza y el ancestral método de caza que usa, se sugiere leer el conjunto de relatos.

### **Mi nombre es César Valentín Coello**

La primera vez que lo vi me pareció menos peligroso de lo que me lo había imaginado. Los indígenas de la comunidad me sedujeron hablándome de un cazador letal. Que no había noche de faena en la que él no volviera con un cerdo de monte, un borugo o siquiera con una guangana en la espalda. Ellos me describieron a un hombre que había dedicado su vida a depurar un oficio: conseguir la carne con las propias manos. Así, yo alcancé a construir en mi mente a un grandulón feroz, por eso mi sorpresa. Lo que me encontré fue a un hombre supremamente delgado: no pasaba del metro con cincuenta. El cabello muy liso, corto y negro. Su piel color canela intensa y casi forrada a los huesos. Los ojos alegres y sospechosamente brillantes e inocentes. Además, supremamente tímido, como un niño que preferiría siempre estar en silencio. Lo primero que le dije fue que llevaba cinco días buscándolo. Que había ido siete veces a su casa y que él siempre estaba afuera. Se limitó a decir: “sí, es que hay que trabajar”. Le conté que estaba interesado en documentar las prácticas de los cazadores ticuna y

que me llamaba la atención que todavía usara la cerbatana para cazar. Le propuse una cita al día siguiente para que me contara sus maneras. Aceptó.

Iba de salida, tenía un compromiso inaplazable: ir a cazar grillos porque en la noche saldría a pescar. Los usaría como carnada. Como llevaba muchos días buscándolo y a los cinco minutos ya se tenía que ir, me ofrecí a acompañarlo, aceptó, en parte, porque no encontró una razón suficiente para negarse a mi propuesta.

Nos alejamos de la casa para internarnos en la selva. Allí comenzamos a practicar el sofisticado arte de cazar grillos. En el camino procuré entablar una conversación con él pero siempre se limitaba a responder con monosílabos. Como a mí nunca me han interesado los grillos no tenía la menor idea de ¿cómo son?, ni ¿cómo podía cazarlos? Me dediqué a mirarlo. Agarró el primero y lo empacó en un elegante paquete hecho de hoja de plátano. Paquete en la que ya tenía otros tres cadáveres de insecto. Cuando Valentín ya había conseguido seis jugosos y apetitosos grillos me decidí a cazar. Fracase una docena de veces. Al inicio no lanzaba la mano con la suficiente convicción y los animales alcanzaban a huir. Mirando a Valentín comprendí que los grillos en realidad no se cazan con la mano, se cazan con todo el cuerpo. Las piernas deben procurar no hacer ruido, el tronco y especialmente la espalda deben inclinarse para que el movimiento del brazo sea más corto. Los ojos y los oídos deben estar afilados. El cerebro debe convencer a todo el cuerpo de que efectivamente es posible aniquilar al enemigo. Al final la mano hace la menor parte, recoge el botín.

Cuando logramos 21 grillos Valentín decidió que esos ya eran suficientes. Lo acompañé a su casa, nos despedimos y le recordé que a la mañana siguiente yo volvería a recogerlo para ir a cazar y que me contará sobre el oficio. Pasó la noche. Volví. Ya se había ido. Me incumplió la cita.

Al frente de su casa yo no entendía razones. Yo sólo era un hombre delante de una mujer que me decía que su esposo no estaba. ¿Por qué Valentín no quería hablar conmigo?, ¿cuál era la razón para que me evitara? Esa mañana no encontraba consuelo, tenía una historia que quería y no podía contar.

Regresé al lugar donde me hospedaba con el corazón profundamente triste, creyendo que quizás era mejor cambiar de tema, Valentín no me respondía.

Ahora, con distancia del evento, sí puedo entender lo que le pasaba, sus razones para no querer hablar conmigo. Lo primero es su naturaleza. Él es un hombre solitario, nació y se forjó muy adentro de la selva: en el Putumayo. En un lugar inabismable de la espesa jungla, las palabras para identificarlo son “cerca de un caserío llamado Buenos Aires”. Hasta los 15 años su contacto con la raza humana se limitaba a su padre, madre y hermanos. Realmente él creció alejado de los inventos del siglo, luego ¿cómo yo podía pedirle a un solitario empedernido que me contara los secretos de su arte?

La segunda pista de por qué Valentín no encontraba motivación para hablar conmigo, la descubrí esa misma mañana en la que Valentín me incumplió la cita hablando con el bueno de Jesús Silva. Él me explicó las condiciones de un cazador de la selva como Valentín. Los cazadores son seres que dependen enteramente de sus manos. Son ellas quienes les garantizan la subsistencia día a día. Un pescador puede tener un estanque cerca de su casa y de allí lograr el alimento. Un cultivador puede que en la época de cosecha tenga el suficiente alimento para tomarse unos días de descanso. En cambio, el cazador no tiene opción, debe salir todos los días a buscar la proteína. El día que no sale a cazar condena a su familia a no comer. La carne por la humedad y el calor se descompone pronto. Con ese análisis de la situación, Jesús me sugirió ofrecerle algo de dinero a Valentín. Así él podría garantizar su subsistencia por el tiempo que estuviera hablando conmigo. Le pregunté:

—Jesús ¿cuánto puede cobrar un hombre en la selva por un día de trabajo?

—A mi hijo le pagan 15.000 pesos por trabajar todo un día cortando árboles.

Aunque mis recursos también eran escasos, decidí hacerlo: ofrecerle \$15.000 pesos por cada día que él hablara conmigo. En cierta medida me parecía un trato justo; Valentín necesitaba ese dinero para poder subsistir y yo no estaba dispuesto a dejar ir la historia.

Regresé a las 2 de la tarde a la casa de Valentín pensando en que él volvería a almorzar. Tuve suerte, lo encontré. Le pregunté por qué había incumplido la cita de la mañana. Evadió la pregunta invitándome a entrar a su hogar. Una casa de palafito encaramada en unos troncos de unos dos metros cada uno. Como la casa queda a escasos seis metros del río, los palos de madera en la base sirven para garantizar que cuando llegue el invierno la vivienda no se inunde. Está alejada de las demás, como si sus dueños intencionalmente no quisieran tener que lidiar con los vecinos. Para ingresar a la vivienda hay que subir unas peligrosas y altas escaleras hechas de madera. En la puerta estaba su mascota, una perrita muy flaca, “La mala” es su nombre. Antes de que yo preguntara cualquier cosa Valentín me advirtió que tuviera cuidado porque “la perra muerde”. La vivienda tiene techo de hojas de palma y es café. Tiene una sala de espera donde cuelga una hamaca, dos habitaciones pequeñas; una para sus tres hijos y otra para él y su esposa. El espacio más grande del lugar es la cocina, equipada con una gran tabla que sirve de comedor, tres butacas y un fogón muy grande de leña. Lo mejor del lugar es la vista privilegiada; desde allí se puede observar el río y otear a lo lejos la comunidad. En cierta medida, funciona como una torre de vigilancia desde la que es posible advertir si alguien se atreve a acercarse.

En la madrugada Valentín había conseguido un cerdo de monte y ya pronto iba a estar el almuerzo. Me ofreció esperar un rato para probar el caldo. Accedí. Mientras esperábamos, sacó un frasco de vidrio y me explicó que era miel que él mismo había recolectado. Preparó un guarapo y me ofreció la bebida en un vaso con una decena de hormigas. Me pareció descortés rechazar su preparación y me la tomé de un sorbo. Luego llegó la sopa de cerdo de monte. Era una preparación sencilla: agua, un poco de cebolla, yuca y un trozo de carne. Estaba hirviendo, el cerdo cocido tenía una mezcla de tonos rosados y cafés, un poco fibroso pero el sabor era agradable. Si no hubiera visto la cabeza del cerdo en la brasa hubiera jurado que era carne de res.

Luego de almorzar le dije que yo quería conocer su estilo de cazar y que estaba dispuesto a darle una ayuda económica por el tiempo que estuviera conmigo. Aceptó y acordamos que esa misma tarde saldríamos a una faena de cacería.

### **El milenario arte de cazar con cerbatana**

En la biblioteca del Banco de la República de Leticia hay una exposición permanente que señala que en el Amazonas hay vestigios de cazadores con cerbatana desde hace 7000 años. La sentencia me atrae. Esa tarde, le pedí a Valentín que mostrar el proceso que usualmente hace para salir a cazar. Inició elaborando flechas. Salimos de su morada. Con un machete cortó varas del tronco de un árbol, cada una podía tener medio centímetro de grosor por unos 30 centímetros de longitud. Las puntas las afilaba hasta dejarlas peligrosamente delgadas. Sacó algodón de su casa. Cortó un pedazo y lo devanó en su boca sobre la parte posterior de cada dardo. Una vez hizo unos diez le propuse que me mostrara cómo funcionaba la técnica de disparar con la cerbatana.

Puso un tarro de plástico sobre el tronco de un árbol, nos alejamos unos nueve metros. Me dio la cerbatana cargada con el dardo en señal de que yo iba de primeras. No hubo ninguna explicación técnica. Evidentemente para él estaba todo claro, solo había que apuntar y soplar. Estaba al lado de un experto y no quería pasar por torpe. Sudé. Procuré soplar con todo lo que tenía, el misil no salía de la herramienta. Volví a intentarlo un par de veces más pero mi máximo logro fue que un dardo avanzara tres metros. Cuando llegó su turno, Valentín agarró la cerbatana, dio un paso atrás. Abrió la boca tanto que parecía que se fuera a tragar ese artefacto. Tomó aire por la nariz, exhaló muy fuerte, como si quisiera renunciar a su propia alma. Perforó el tarro al primer intento. No había duda, yo estaba con el último cazador con cerbatana.

Luego de la práctica volvimos a la casa, otra vez me advirtió de “La Mala”. Nos instalamos en la cocina y allí sacó una botellita de plástico con un líquido viscoso y negro. Me dijo que era el veneno,



que me alejara. Con delicadeza agarró cada dardo, lo untó con un poco de veneno. Mientras lo hacía señalaba que sólo tocarlo un poco era peligroso y podía ser letal. Alternaba esas advertencias con chistes en ticuna con su esposa. Parecía una ironía que él estuviera jugando al alquimista con ese producto. Las flechas que iban quedando untadas las ponía a secar cerca del fogón. Unos minutos después las guardaba en una cartuchera especial hecha de chambira (corteza de un árbol) , que colgó sobre su pecho, tomó la cerbatana y salimos a buscar carne.

Comenzamos a caminar por la selva. Nos internamos. La comunicación era muy compleja porque César Valentín no habla bien español y yo no sé ticuna. Mis preguntas debían ser simples ya que corría el riesgo de que él no me entendiera. Antes de ese día yo ya había salido a cazar con otros hombres; la novedad ahora es que íbamos sin rifle y en cambio llevábamos la cerbatana. Por mi experiencia con los otros cazadores comprendí que lo que ellos hacen es leer, sí, leer la selva. Ellos van atentos del suelo, persiguiendo huellas. Si la huella está húmeda implica que el animal pasó hace muy poco por ese punto, si está seca significa que probablemente la fiera está lejos. Miran la dirección de la marca para orientarse. Además, van inspeccionando si acaso hay frutos o semillas mordidas, ello implicaría que algún animal estuvo alimentándose en la zona. Simultáneo a todo ello, el cazador debe estar atento de no pisar alguna serpiente venenosa que lo pique. Y, finalmente, debe ir guardando puntos de referencia para no perderse. Todo ello lo deben hacer sin luz, ya que la cacería es una actividad nocturna. Adentro, en la selva, no hay caminos, todo parece un laberinto en el que es fácil confundir el sentido del norte y el sur. Aún los cazadores más experimentados pueden perderse y durar dos o tres días buscando la salida.

Aunque la comunicación con Valentín era poca, yo podía ver que efectivamente él prestaba especial atención a cada detalle. En un punto del camino se quedó mirando el suelo fijamente, guardó silencio. Su mirada parecía indicar que había encontrado algo extraordinario. Lentamente levantó su machete y destrozó al motivo de su sorpresa. En ese momento, él, sin proferir una palabra, me dio una lección del profundo conocimiento que tiene un indígena de la selva. Yo, un analfabeta de los sonidos y

colores de la jungla, simplemente veía un bejuco verde en un espeso mar verde. Para él, el aparente bejuco era una amenaza letal. En realidad se trataba de una serpiente venenosa que estaba cambiando de piel. Valentín la había pisado y existía la posibilidad de que el reptil atacara al verse amenazado.

Continuamos la marcha. Valentín me confesó que el lugar donde más le gustaba estar era ahí, metido en el “monte” cazando. Que en la casa se sentía incompleto y que sólo iba allá a descansar y comer. Pero una vez con las necesidades cubiertas en algún momento sentía un impulso ciego para salir a cazar.

Luego de un recorrido largo me advirtió que era difícil a esa hora y en ese lugar encontrar un animal grande. Que los buenos animales se encontraban bien adentro y en la noche. Una vez dijo eso, se detuvo al ver dos gavilanes en un árbol. Me dijo que me quedara en silencio. Camino como un depredador voraz: lenta y sigilosamente. Disparó la primera vez, falló. Se acercó un poco más en el segundo intento. Sopló. El gavilán cayó. Intentó un par de veces darle a la segunda ave pero la presa alcanzó a huir. Recogió la ave liquidada. Mientras caminábamos de regreso a la casa Valentín se lamentó un par de veces de no haber podido saldar al segundo gavilán. En medio de sus lamentos yo sentí alegría. Claro, la faena no había sido la mejor para ese hombre, pero yo había sido testigo del milenario espectáculo de conseguir la carne soplando un dardo.

### **Ese continente del sur, el Amazonas**

*“Al norte del mar el insomnio en la noche, al sur la siesta en la tarde.*

*Al norte está la razón estudiando la lluvia, descifrando los truenos.*

*Al sur están los danzantes engendrando la lluvia, al sur están los tambores inventando los truenos”.*

William Ospina. Canción de los dos mundos

El Amazonas siempre ha sido un gran enigma. En 1639 a Cristóbal de Acuña se le encargó la misión de acompañar las tropas españolas que navegarían el río Amazonas para descubrir el territorio. Producto de ese viaje, Acuña escribió el libro *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*. Allí, él describe la presencia de gigantes, enanos y unas feroces mujeres llamadas Amazonas quienes comandaban a los indígenas. En 1650 el jesuita Antonio de León Pinedo en su texto *Herencia Nacional* señaló que en realidad el Amazonas era uno de los cuatro ríos sagrados de las escrituras y que el Edén probablemente estaba ubicado en esa región. Los relatos de estos dos españoles son contradictorios: en uno se describe al Amazonas como el infierno, lleno de canallas, villanos y seres terribles; en el otro, la Amazonía se presenta como el cielo que los santos y poetas han descrito.

Los primeros españoles que arribaron a América llegaron sedientos de fortuna, persiguiendo las fábulas y leyendas que durante siglos habían forjado. Venían con un lenguaje que era incapaz de comprender la complejidad de las sociedades indígenas.

Los hombres que se dedican a contar la historia de las civilizaciones señalan que todas las grandes culturas se han asentado a la orilla de un río. Mesopotamia se forjó a la orilla del Tigris y el Eufrates, Egipto tenía el Nilo, París el Sena, Roma el Tiber y Londres el Támesis. Los ticuna, que no son de ningún modo un pueblo inferior a los mencionados, se asentaron a la orilla del río Amazonas. El más extenso del mundo. Un mar descomunal que nace en Arequipa, Perú, recorre un tramo de Colombia, y posteriormente se introduce en Brasil, donde recibe el nombre del Río Negro. Tras recorrer 7042 kilómetros finalmente sus aguas desembocan en el océano Atlántico. La corriente del Sena, el Tiber o el Tamesis es calmada. El Amazonas es diferente, es caótico y sus aguas corren huracanadas. En invierno, más parece un monstruo que un río. La lluvia cae violenta y letal. Esas precipitaciones hacen que todo a su alrededor se inunde y estremezca.

## **Aplaudir las puestas del sol: la comunidad de San Francisco**

Entrar al corazón de la selva es salirse un poco del siglo XXI y volver al origen. Garantizar la subsistencia con las propias manos. El tiempo allí se concibe de otro modo, nosotros hombres “muy ocupados” hijos de las máquinas y esclavos de los relojes creemos que entre más corta una historia es mejor. En la selva las historias son largas. Los hombres en ese lugar tienen toda la tarde para desnudar sus corazones con palabras. Allí la gente se junta a ver caer el sol luego de un día de trabajo, como quien acude a un espectáculo inédito. Los ticuna de San Francisco no tienen suministro de agua potable, en cambio tienen un padre, el río Loretoyacu, que los alimenta con pescados y los baña con sus dulces aguas. La electricidad es un descubrimiento reciente para ellos, hace apenas tres años que la tienen. Con la llegada de la luz surgió la pregunta de ¿qué hacer con ella? La respuesta no era evidente ya que nunca la habían tenido y ahora había que domesticarla. Al inicio fue un problema pues implicaba una responsabilidad, pagar una factura. En un caserío de 200 familias que viven del autoabastecimiento pagar una factura de 5000 pesos sonaba como un castigo. Luego, alguien compró una nevera y los demás vieron que podían empacar jugo en una bolsa y venderla como helado “puriche”. Así, la electricidad se fue volviendo amiga de los indios.

Con frecuencia se usa un rótulo para nombrar la existencia de este tipo de lugares “comunidades de difícil acceso”. Esa es una mirada centralista cargada de desdén. Desde ese punto, Bogotá también es una “comunidad de difícil acceso” todo depende desde el punto de vista que se vea. Lo cierto es que la ruta para llegar a San Francisco es una aventura en sí misma. La primera parada es Leticia, la ciudad más sur de Colombia, llena de indígenas y forasteros buscando suerte. Luego hay dos opciones, tomar una lancha rápida que tarda tres horas navegando contra la corriente del río Amazonas. Esta es la opción costosa. La otra, la que usualmente toman los indios, es usar una barca de motor pequeño “un peque peque” durante 12 horas. Las pestes y los prodigios, todo allí llega por el río.

Una tarde de ocio, viendo la puesta de sol, Jesús Silva me contó sobre cómo su familia fue una de las primeras en llegar a ese territorio.

“Julián, antes nosotros los ticuna vivíamos como nómadas. Mi familia fue una de las primeras en llegar a este territorio, lo escogimos porque queda cerca a la quebrada Loretoyacu. Entonces pescar es más fácil así. Antes vivir aquí realmente era peligroso. Recuerdo que era frecuente que pasaran jaurías de cerdos de monte en estampida y si agarraban a alguien se lo comían. Esa es la razón por la que nosotros, los mayores, somos hábiles en trepar a los árboles. Esa era nuestra protección. Ese era un conocimiento básico para podernos proteger”.

La relación de los ticuna con las fieras de monte es antigua como el miedo. Desde siempre han tenido que aprender a convivir unos con otros. Al inicio la relación fue casi una guerra en la que el desatento estaba condenado a perecer. Los cazadores han jugado un papel fundamental en esta tarea, ellos han alejado a los animales de monte (danta, cerrillo, borugo, guara, venado colorado). Los cuales ahora sólo están monte adentro y con el crecimiento de la comunidad cada vez es más extraño verlas cerca.

### *Ie*

La palabra que nombra este relato está en ticuna, es la protagonista secundaria de esta historia y no sé cómo traducirla al castellano. “Traducir un idioma es traducir un mundo”, señala el escritor mexicano Alfonso Reyes. El poder de esa frase radica en comprender que los idiomas son creados en lugares particulares para nombrar objetos y entidades de ese lugar. La labor del traductor no es meramente cambiar un signo por otro. Un buen traductor debe ser capaz de comprender la relación de un objeto con la sociedad que lo habita y eso volcarlo a otro idioma. ¡Vaya tarea!

Al primer hombre que le oí proferir *ie* fue a Valentín. Fue el día que salimos de cacería, mientras él preparaba los dardos, yo le ponía atención y grababa cada detalle de sus movimientos y palabras como un niño que observa a un mago y no se pierde ningún detalle para poder comprender el misterio. El idioma en el que un hombre puede expresar mejor los secretos de su corazón es el natal. Le pedí a Valentín que me explicara el proceso dos veces, una vez en castellano y luego en ticuna. La primera

explicación fue corta y no hubo mayores revelaciones. Esa explicación terminó con esta frase “es que yo no sé castellano, sólo poquito”, lo dijo como disculpándose. Luego, en ticuna la explicación fue muy extensa hasta hubo tiempo para hacer bromas en su idioma; bromas que claramente yo no entendía. Estoy seguro que esa fue la primera vez que oí la palabra sin embargo no la comprendí. Cuando Valentín pronunció esa palabra fue como si me hubiera entregado un copito de nieve en medio del invierno más terrible de Capadocia. Como yo no sé ticuna la frase quedó grabada pero yo no entendí el significado.

Mi plan en todo el trabajo de reportería era grabar los testimonios de Valentín en ticuna y luego ir con una persona bilingüe para que me develara el misterio de esas palabras. Sin embargo, había posibilidad de que el traductor no fuera fiable. Finalmente determiné que cada fragmento sería traducido por dos personas diferentes para poder estar seguro. La primera elegida para esa delicada tarea fue Rogilda Damancio. Cada año los ticunas de Puerto Nariño escogen una mujer para que los represente en el prestigioso reinado Ticoya. Un concurso en el que, más allá de la belleza de las mujeres, el criterio de decisión es el conocimiento que cada participante tiene de sus tradiciones. Rogilda desde hace varios años es la encargada de evaluar el dominio de la lengua ticuna de cada participante. Eso me hizo decidir por ella. El segundo traductor fue Jesús Silva, un abuelo que conoce casi todo sobre los ticuna y lo que no sabe, lo está investigando a esta hora en que usted lee esto.

Rogilda y Jesús tradujeron todos los testimonios que en diferentes momentos Valentín me dio. Sobre el fragmento en que él habla del *ie*, ambos coincidieron en señalar que se trataba de un tipo de veneno especial que usaban los cazadores con cerbatana. Sin embargo, Valentín se limitaba a nombrarlo. Días después de hacer la traducción Jesús Silva me buscó para decirme que había hablado con otros abuelos quienes les explicaron más sobre ese concepto.

“La palabra *ie* es un tipo de veneno especial. Es una palabra que ya no se usa tanto porque este tipo de veneno ya casi nadie lo prepara por lo difícil y peligroso. Sólo un verdadero chamán conoce sus

secretos. Este líquido está hecho a partir del veneno del alacrán, la serpiente, la avispa y el bejuco de una planta. El resultado es letal”.

Sospecho que Valentín en su infinita y profunda inocencia no veía en ese veneno ningún elemento especial. Para él, ese simplemente era un producto entre tantos otros que había usado toda su vida. Luego de conocer la composición del *ie* mi interés aumentó sobre ese producto. Varias veces conversamos sobre ese veneno. Transcribo una alusión de Valentín sobre esa pócima.

“Por aquí nadie sabe hacer ese veneno, para conseguirlo yo tengo que ir hasta Buenos Aires, adentro en la selva. Yo voy caminando y me puedo demorar hasta dos días. Una botellita puede valer 120000 pesos pero me dura mucho tiempo. Allá sí hay chamanes buenos que lo saben hacer. El *ie* tiene madre. Su madre es una planta llamada gure”.

Luego entendí que esa alusión a la madre del veneno era una concepción mítica. El bejuco a partir del que se prepara la pócima, para los ticuna, tiene poderes especiales. La planta se llama *gure*. Luego, Valentín, al decir que era un veneno con madre me quería decir que era muy poderosa por tener propiedades espirituales. Ese bejuco es tan importante en la preparación que muchas veces Valentín nombraba como gure al veneno.

El concepto *ie* aún me seduce, me parece muy peligroso pero más allá de eso considero que es un símbolo del conocimiento de los indígenas. El conocimiento científico y occidental considera que sólo en los laboratorios y con bata blanca es posible producir conocimiento sólido. Y en oposición, señalan que las tradiciones indígenas meramente tienen creencias que de vez en vez resultan útiles. Falso de toda falsedad. El *ie* es prueba de ello, allá en el corazón de las tinieblas existen conocimientos profundos, forjados y amasados durante siglos. ¿Cuánto un hombre debe conocer la selva para en un océano de verde saber exactamente la planta que debe recoger?, ¿qué serpiente y qué alacrán se deben elegir? Y una vez con todos los ingredientes juntos ¿cómo preparar la pócima y no morir? La

existencia de un producto como este da cuenta de la profundidad y delicadeza de los conocimientos indígenas.

Meramente traducir *ie* como veneno no da cuenta de la complejidad de ese concepto. Si yo volviera a internarme en la selva la historia que exploraría y quisiera contar sería la de ese prodigioso líquido.

### **El hombre fuera del tiempo**

#### **A**

En San Francisco, Amazonas, todos los indígenas son agricultores. Todas las familias tienen una “chagra” o finca a la cual acuden desde niños para aprender los secretos de hacer crecer frutas y verduras. Los principales productos que se cosechan son la yuca, el plátano, el banano y la piña. Se usan principalmente para el autoconsumo. Se podrían vender pero no hay carreteras ni medios para transportarlas, entonces los cultivos suelen ser pequeños.

Valentín es un hombre particular en muchos sentidos y su chagra también lo es. La mayoría de personas en la comunidad de San Francisco tiene su finca relativamente cerca de la casa, en la periferia del caserío. La chagra de Valentín está muy adentro de la selva. Desde su hogar hasta ese lugar hay que caminar dos horas. Dos horas de ida y dos de vuelta. El día que me llevó a verla me contó que él prefería tenerla lejos, así nadie lo molestaba. Además tenerla a esa distancia le permitía expandirla tanto como quisiera. Allí no tenía límites. El recorrido era incierto, sólo hasta cierto punto el camino estaba trazado, luego había que atravesar selva pura. Llegamos deshidratados a la finca de Valentín. Él partió una piña de su cosecha y bananos. Sabían a gloria: dulces y carnosos. Limpió la maleza de sus cultivos. Recogió plátanos, yucas y piñas. Las envolvió en hojas de plátano y se las trepó en la cabeza. Él ya estaba listo para regresar. En el camino de vuelta le pregunté su edad. Me



dijo que no la sabía pero que si quería cuando llegáramos a la casa me mostraba un papel, que ahí estaba la información.

En el camino de regreso me sorprendió ver la tenacidad de ese hombre, menudo y delgado que todos los días, como cumpliendo un ritual, atravesaba la selva para acudir al encuentro con sus piñas y sus plátanos. Además, con que entereza y capacidad física recorría la ruta. Nunca se detenía.

Esa mañana seguimos caminando rumbo a la casa de Valentín. Cuando llegamos tomamos masato y sacó el papel que me había prometido para ver su edad. Era la cédula. No me detuve en minucias y de una vez fui a ver la fecha de nacimiento: 22 de diciembre de 1976. Eso significaba que ese hombre tenía 40 años y que ese era su día de cumpleaños. Aunque ya llevaba muchos días allí aún no había perdido el sentido del tiempo. Sí, ese día era 22 de diciembre luego Valentín estaba de cumpleaños. Me alegré. Le expliqué que él estaba de cumpleaños mientras lo abrazaba a manera de felicitación. No se inmutó y me respondió lo siguiente.

“Hoy no es mi cumpleaños. Lo que pasa es que hace un tiempo me tuve que registrar. El hombre del registro me preguntó mi fecha de nacimiento, como yo no la sabía él puso esa fecha. Pero yo no sé cuándo nací ni cuántos años tengo”.

Valentín no conoce la fecha de su nacimiento, el calendario era para él es un artefacto novedoso de escasa utilidad.

## **B**

De acuerdo con la mitología ticuna todos los hombres al inicio eran peces. *Yoi* e *Ipi*, sus dioses, los sacaron usando como carnada yuca, maíz y coquillo. Por un lado, me seduce saber que esta cultura como todas las grandes tiene su propia explicación del origen del universo. Por otro, es evidente que el río tiene un gran valor espiritual. Es la fuente de donde surgieron todos los seres. Al despertarse un ticuna va a bañarse en sus aguas. En la tarde, antes de que caiga el sol, la humedad y sudor acumulados

hacen que el baño sea obligatorio. Los indígenas de San Francisco inician y terminan los días en el Loretoyacu.

Unos días después acordé con Valentín ir al río a pescar. Nos encontramos al amanecer. Él iba en una barca pequeña y yo iba en otra tomándole fotos y grabando sus sonidos y movimientos. Primero templó la malla, luego usó la lanza y la vara. Era una faena tranquila y sólo era interrumpida por momentos puntuales en que yo me acercaba a hacerle entrevistas cortas sobre sus labores en el río.

Dentro de las muchas cosas que hay en la selva del Amazonas algo que siempre me ha sorprendido es el río, puntualmente la abundancia. Recuerdo que una vez salí a pescar a las tres de la mañana con mi amigo Jesús Silva. Volvimos a las seis con la barca completamente cubierta de pescados: pintadillos, pirañas, cuchas, palometas, una infinidad de monstruos de mar. Había momentos en que los pescados saltaban a la barca solos.

Viendo la técnica de Valentín, sin ser un experto en la materia, era evidente que ese no era su fuerte. En un momento él mismo se confesó: “Yo no sé pescar bien. Sólo poquito. Antes pescaba con vara y flecha. Ahora compré una malla”. Como en toda sociedad los oficios están divididos. En San Francisco, Jesús Silva es el maestro de sacar proteína del río. César Valentín Coello es el mejor consiguiendo carne de monte. Valentín esa mañana consiguió solamente una docena de peces.

Como ya llevábamos rato navegando las aguas del río Loretoyacu le dije que si acaso tenía un reloj para saber la hora. Se me había descargado mi celular. Su respuesta me sorprendió:

—Yo sólo tuve un reloj. Pero no me gustó. Además es una máquina que no necesito, yo puedo saber la hora sin eso. Deben ser las 12, el sol está justo en el centro y no hay sombra.

—Pero en la noche, cuando usted sale a cazar el reloj puede ser un poco más útil, sin el sol ¿cómo podría saber la hora? —le contrapregunté.

—En la noche tampoco necesito reloj. Sólo hay que poner atención. Hay un grillo que suena a las 12 en punto y otro que suena a las 3 de la mañana. Usted sólo debe estar atento de hace cuanto comenzó a sonar el grillo y así se orienta.

Esa conversación me motivó a retarlo. En los días siguientes cada vez que lo veía le preguntaba la hora. Nunca falló por más de 30 minutos. Tenía un radar en su interior.

C

Valentín creció internado en el corazón de las tinieblas. Allí, los calendarios y relojes son objetos que carecen de valor. En su lugar se tiene el hambre que ordena los días y complejos sistemas de orientación basados en leer la naturaleza.

El tiempo para nosotros, hombres occidentales, es una cárcel que secreta y sigilosamente ordena nuestra vida. Segundos, minutos, horas, días, meses, años. Nadie puede desatender las órdenes de esa fiera voraz: el tiempo. Nadie excepto Valentín. Él está por fuera de esa verdad que nosotros aceptamos, el tiempo cosificado. Nuestros días los ordenan máquinas, Valentín, en ese sentido, es más libre. Su destino está orientado por sus impulsos y deseos.

### **El imperio de los excesos**

Es 24 de diciembre. Son las 5 de la mañana. Abro los ojos y lo primero que escucho es el sonido de una voz femenina hablando por un alto parlante. Es la curaca, alcaldesa de la comunidad, dando indicaciones sobre lo que va pasar ese día. “Señores de la comunidad, yo los quiero mucho, les pido que no se emborrachen temprano, no peleen”, advierte.

Me levanto. Tomo el baño matutino en el río. Siento tensión de pensar en los asuntos pendientes que me quedan para completar la reportería de la historia. Desayuno piraña asada con arroz. En el camino a la casa de Valentín lo encuentro. Está arreglado y me dice que se va. Le llegó un mensaje de su

hermana que vive en Buenos Aires, está en San Martín de Amacayacu, una comunidad cerca. Así que él va a ir a visitarla y a pasar navidad con ella. No la ve hace varios años. Le digo que hagamos unas fotos y una corta entrevista grabada en el río antes de irse, acepta. Grabamos los testimonios en video, hablamos de la ruta que él tomó para llegar a San Francisco. De cómo vivió 15 años internado en la selva, luego de cuando se a Tipisca a vivir con una hermana. Se fue caminando. Allí conoció a su esposa. Me dice que la razón por la que llegó a San Francisco es porque desde allí es más fácil vender carne o plátanos en Puerto Nariño. Esa es la versión oficial, en la comunidad rumoran que en realidad Valentín llegó allí porque tenía una maldición en Tipisca y sus familiares comenzaron a morir. Entonces sintió temor y por eso llegó a San Francisco. Me dice que lleva 13 años viviendo ahí y que seguramente seguirá en ese lugar. Terminamos y se va.

El día avanza rápido, todas las casas preparan comidas especiales para esa noche. La comida y bebida abunda. Allí las costumbres cristianas han calado hondo y muchas veces se mezclan con la cultura autóctona. Es navidad y todos saben que en la noche habrá fiestas. Me distraigo departiendo con los indígenas.

Cuando el sol ya casi caía veo a Valentín en el centro cultural. Me dice que fue a San Martín pero que cuando llegó su hermana ya se había ido. Está embriagado: estuvo tomando cachaza, masato, jugo de payavarú y todas las bebidas fermentadas que encontró. Hablamos un rato y otro indígena que está borracho comienza a interrumpirlo en sus comentarios. Valentín le dice:

“No sé porque cuando estás tomado pareces un Yoi (culebra) sacando tu lengua. Los otros días sólo pareces un morrocoy (tortuga), calladita”. Es puro humor indígena haciendo referencia a los animales para burlarse de los amigos, me parece muy divertido estar ahí.

Luego voy a cenar a la casa donde me hospedo. Esa noche la comida y bebida no tiene fin: arroz chaufa (comida peruana), sancocho, cachaza, chicha, cerveza, chirrinche. Hay fiestas en cada esquina. Por un momento la lluvia se enfurece, pero ¿cómo podría el agua tibia apagar el fuego de una noche

de carnaval en la jungla? Nadie se detiene. Vuelvo a la fiesta de la comunidad. La música que suena es cumbia peruana en ticuna. Todos bailan y beben como si no hubiera un mañana. Dos adolescentes se miran y coquetean con lujuria; una pareja de amigos se jura lealtad eterna; un indígena brasileño quiere bailar con todas las mujeres del lugar. Valentín está en una esquina completamente alcoholizado. Danza con cuanta mujer lo tolera, si la pareja se aburre en medio de la canción él no tiene problema en seguir moviendo su cuerpo solo. Esa noche, y sólo esa, de todo se puede prescindir, lo que importa es sacudirse sin remedio. Al día siguiente a las 5 de la tarde hay fiestas que aún no terminan. César Valentín pasó los siguientes dos días completamente incapacitado para trabajar. Al tercero se levantó como si nunca hubiera probado el sabor intenso del guarapo de piña. Luego del carnaval la vida sigue. Otra vez Valentín estaba con su cerbatana y sus dardos atento a conseguir, con suerte, una danta o un cerrillo.

### **La bella y trágica historia del último cazador con cerbatana**

¿Quién es César Valentín Coello? ¿Acaso es un hombre con miedo huyendo de una maldición? o ¿más bien es un temerario que cada noche se juega la vida para conseguir la carne? ¿Es el ser libre al que el tiempo no lo contiene? O ¿un hombre frágil que no puede contener su debilidad por el alcohol? ¿Es el tipo seco de carnes, menudo y pequeño que aparenta? O ¿es músculos de acero que camina jornadas enteras sin detenerse ni temblar?

En realidad todas esas sólo son apariencias, trajes que se pone. César Valentín Coello es el prodigioso poseedor del milenarismo conocimiento de cazar con cerbatana. Una técnica compleja que ha sido depurada en el tiempo, peligrosa y sorprendente. Cuando Valentín muera no morirá meramente un hombre. Los secretos de un arte complejo desaparecerán con él.

## Referencias bibliográficas

Jaramillo, A. (2012). Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno. En *Antología de crónica latinoamericana actual* (pp. 11-50). Bogotá: Alfaguara.

Medina, G. (1977). *El ocaso ticuna: relatos sobre indígenas del Amazonas colombiano*. Bogotá: SN.

Sims, N. (1996). Los periodistas literarios o el arte del periodismo personal (N. Suescún. Trad.). *Prólogo* (pp. 11-40). Bogotá: Aguilar.